

NATURALEZA DEL PARTIDO

L'Unità, septiembre de 1925¹.

En el 5º Congreso de la I.C. la izquierda rechazó la propuesta de R. Fisher-Zinoviev, que pretendía que aceptáramos el frente anti-trotskyista a cambio de concedernos la dirección del partido italiano, en el que una mayoría aplastante acababa de confirmar nuestras posiciones. Tras el 5º Congreso, debía reunirse el 3º del partido italiano. Reproducimos aquí un importante artículo escrito por Bordiga respecto a la organización del partido basada en células.

Del Manifiesto Comunista:

“Los obreros empiezan a coaligarse contra los burgueses, se asocian y unen para la defensa de sus salarios. Crean organizaciones permanentes para prepararse en previsión de posibles batallas. De vez en cuando estallan revueltas y sublevaciones.

Los obreros arrancan algún triunfo que otro, pero transitorio siempre. El verdadero objetivo de estas luchas no es conseguir un resultado inmediato, sino ir extendiendo y consolidando la unión obrera. Coadyuvan a ello los medios cada vez más fáciles de comunicación, creados por la gran industria y que sirven para poner en contacto a los obreros de las diversas regiones y localidades. Gracias a este contacto, las múltiples acciones locales, que en todas partes presentan idéntico carácter, se convierten en un movimiento nacional centralizado [es decir, en una lucha que se extiende por todo el territorio nacional y que adquiere luego carácter internacional (A. Bordiga)], en una lucha de clases. Y toda lucha de clases es una acción política. Las ciudades de la Edad Media, con sus caminos vecinales, necesitaron siglos enteros para unirse con las demás; el proletariado moderno, gracias a los ferrocarriles, ha creado su unión en unos cuantos años.

“Esta organización de los proletarios como clase, que tanto vale decir como partido político, se **ve minada a cada momento por la concurrencia desatada entre los propios obreros** (subrayado por nosotros). [...] Además, como hemos visto, los progresos de la industria traen a las filas proletarias a toda una serie de elementos de la clase gobernante, o al menos les colocan en las mismas condiciones de vida. Y estos elementos suministran al proletariado nuevas fuerzas.

“Finalmente, en aquellos períodos en que la lucha de clases está a punto de decidirse, es tan violento y tan claro el proceso de desintegración de la clase gobernante latente en el seno de la sociedad antigua, que una pequeña parte de esa clase se desprende de ella y abraza la causa revolucionaria, pasándose a la clase que tiene en sus manos el porvenir. Y así como antes una parte de la nobleza se pasaba a la burguesía, ahora una parte de la burguesía se pasa al campo del proletariado; en este tránsito rompen la marcha los intelectuales burgueses que han adquirido la inteligencia teórica del conjunto del movimiento histórico.

¹ Traducido de la versión francesa publicada en *BILAN* nº 4, febrero de 1934.

“De todas las clases que hoy se enfrentan con la burguesía no hay más que una verdaderamente revolucionaria: el proletariado. Las demás perecen y desaparecen con la gran industria; el proletariado, en cambio, es su producto genuino y peculiar.

“Los elementos de las clases medias, el pequeño industrial, el pequeño comerciante, el artesano, el labriego, todos luchan contra la burguesía para salvar de la ruina su existencia como tales clases. No son, pues, revolucionarios, sino conservadores.”

De las tesis del segundo Congreso de la Internacional Comunista:

“El Partido Comunista se distingue de la clase obrera porque concibe todo el camino histórico de ésta, en su conjunto. Porque en el curso de este camino, no sólo defiende los intereses de grupos o corporaciones particulares, sino los de toda la clase obrera.”

De los estatutos del Partido Comunista de Italia, aprobados por unanimidad en el Congreso constituyente de Livorno:

“El órgano indispensable de la lucha revolucionaria del proletariado es el partido político de clase. El Partido Comunista reúne a la parte más avanzada y la más consciente del proletariado, coordinando los esfuerzos de las masas trabajadoras, llevándolas de las luchas por intereses particulares y resultados contingentes a la lucha por la emancipación revolucionaria del proletariado.”

Los “puntos de la izquierda”, en su primera y esquemática redacción, no dicen nada distinto de estos conocidos textos fundamentales. Efectivamente, podemos leer: “El partido es el órgano que sintetiza y unifica los impulsos individuales o de ciertos grupos, provocados por la lucha de clases. La organización del partido, como tal, debe situarse por encima de las categorías particulares y reunir, sintetizándolos, los elementos que provienen de las distintas categorías de proletarios, campesinos, desertores de la clase burguesa, etc.”.

Este conocido y preciso punto no debería dar lugar a discusión. Si esta se plantea es debido a nuestras dudas sobre el hecho de que la organización basada en células de fábrica –que ha pasado a ser la forma organizativa fundamental, exclusiva incluso, del partido– responda a una de las funciones fundamentales que debe tener el partido: superar el individualismo y el particularismo de las categorías.

Sin embargo, el sectarismo y los prejuicios de nuestros interlocutores hacen que, más que una discusión entre militantes de la misma causa, esto parezca un despliegue organizado de falsa propaganda. Por supuesto, no me refiero a las intenciones de nuestros interlocutores, sino al resultado práctico de las posiciones que defienden.

Los escritos que se han ido publicando sobre este tema no hacen más que repetir los argumentos del texto que precedió a la aparición de nuestros “Puntos”, un método a la vez ridículo y sabio. Por tanto nos atenderemos a este texto.

Frente a todas nuestras deducciones críticas, se **traduce** de tal manera la formulación de los “Puntos” que se invierten los términos de la discusión. Ante la idea de las células, nosotros sobre todo hacemos hincapié en la unidad de clase del partido. En cambio, según ellos, afirmamos lo opuesto, cuando todo el mundo sabe que siempre hemos sido los más encarnizados defensores de este fundamental criterio de clase del marxismo. Nosotros afirmamos que el partido es “el órgano” que sintetiza y unifica los impulsos individuales y colectivos que provoca la lucha de clases, lo que significa que tiene que combatir y vencer al espíritu egoísta y particularista que se presenta por doquier como un primer momento y primer efecto de la

crisis social, según nuestro análisis materialista. Y según nuestros interlocutores, para nosotros el propio partido es una **síntesis** (una palabra que en el comunicado de las juventudes se convierte en mera **suma**) de elementos sociales dispares. Parece ser que nos oponemos a que el partido englobe sólo a una parte de la clase proletaria y estamos a favor de una organización “entre-clases”, empleando el sorprendente término que se han inventado para la ocasión. Según ellos, para nosotros es esencial que en el partido existan elementos no proletarios: profesores, ingenieros, etc., pues ellos son los únicos revolucionarios comunistas, y no los obreros, que no podrían salir de su estrecho espíritu de categoría. Sobre este punto es sobre el que se ha porfiado más. Siempre se trata de lo mismo, ejercer una presión demagógica sobre los camaradas obreros con el objeto de presentarnos como intelectuales **elitistas** que desprecian a los trabajadores, Nuestros demagogos centristas ven la paja en ojo ajeno y no la viga en el propio. Me gustaría señalar como algo sintomático el hecho de que este argumento haya sido empleado desde hace años y años contra la izquierda marxista por todos los oportunistas mencheviques que, mientras, hacían gala de su vergonzoso **obrerismo** y su **adulación cortesana** a los obreros.

Ya que algunos camaradas podrían pensar de buena fe que, al rechazar las absurdas opiniones que los centristas nos adjudican para establecer más cómodamente su confusionismo, quizá yo también esté haciendo demagogia y maniobrando para atraer a algunos camaradas vacilantes, citaré otro documento para aclarar las dudas, unos párrafos de las tesis de Roma:

“1.- En su actividad, el Partido Comunista, partido político de la clase proletaria, se presenta como una colectividad que trabaja bajo una dirección unitaria. Los impulsos iniciales que conducen a los elementos y grupos de esta colectividad a organizarse para la acción unitaria, son los intereses inmediatos que las condiciones económicas suscitan en grupos de la clase trabajadora. Una característica esencial de la función del partido comunista es que emplea las energías así encuadradas para lograr unos objetivos que, al ser comunes a toda la clase trabajadora y al situarse al término de toda una serie de luchas, superan, unificándolos, los intereses de los grupos particulares y las reivindicaciones inmediatas y contingentes que plantea la clase trabajadora.

“2.- La integración de todos estos impulsos elementales en una acción unitaria se manifiesta a través de dos factores principales: uno es la conciencia crítica, de la que el partido extrae su programa; el otro es la voluntad, que se refleja mediante la organización disciplinada y centralizada del partido, que es el instrumento para su acción. Sería erróneo considerar estos dos factores, la conciencia y la voluntad, como facultades que se presentan o deben exigirse a todos los individuos, ya que éstas sólo se obtienen integrando la actividad de muchos individuos dentro de un organismo colectivo unitario.”

Después de poner a cada uno en su sitio y antes de pasar al problema de las células, hay que precisar algunas cosas sobre la cuestión de la función de los intelectuales. Tal y como dice Marx en el pasaje citado del **Manifiesto** y en otras partes, nosotros admitimos que en el partido de la clase obrera pueda haber elementos no proletarios. Pero el punto que más nos interesa no es el papel de los intelectuales, sino el acercamiento y la completa fusión de elementos **obreros** de diferentes categorías y oficios. El carácter fundamental de la organización del partido tiende a poner en contacto a obreros que no sólo tienen en común su mera necesidad cotidiana de ganarse unos “cuartos”, sino que persiguen la conquista revolucionaria de una nueva forma social. En esta asociación obrera (a la que los obreros se adhieren por su carácter político y no profesional, como es el caso de los sindicatos), participa excepcionalmente una restringida minoría de intelectuales que el proletariado emplea en el sentido señalado por Marx. La

experiencia demuestra que estos intelectuales, así como los obreros que han ascendido a la categoría de jefes del movimiento, corren el riesgo de convertirse en agentes de la burguesía, algo que el proletariado debe evitar mediante determinadas garantías organizativas. Pero el hecho de que el partido se base en la adhesión individual, que implica aceptar su programa político, tiene a pesar de todo una gran ventaja, pues permite luchar contra este espíritu particularista que se desarrolla sobre todo gracias a “la concurrencia desatada entre los propios obreros”, haciendo que todos los obreros comprendan que si son comunistas, no es sólo porque luchan por mejorar su situación individual en la presente sociedad, o la de su categoría, o la de todo el proletariado, sino porque luchan por la victoria de su clase, la clase que fundará la sociedad sin clases. También hay que tener en cuenta que el actual monopolio de la cultura por parte de la clase burguesa hace que el movimiento comunista no pueda prescindir de la ayuda de escritores, propagandistas y teóricos.

En el texto citado, los centristas juegan con la idea de que el partido puede arreglárselas sin intelectuales, profesores, etc. (veremos que desgraciadamente esto no es del todo verdad), exponiendo a su manera la teoría de la participación de los intelectuales en el partido y poniendo en boca de Marx lo contrario de lo que dice en el pasaje citado. Para ellos, los intelectuales eran necesarios en un primer periodo, pero luego, al desarrollarse el proletariado, sus jefes surgen de sus propias filas. En cambio, según Marx, el proceso de desertión de los elementos burgueses continúa hasta que “la lucha de clases se aproxima a su solución”. Por otra parte, mil circunstancias desmienten la tesis de los centristas: los jefes procedentes de las filas obreras han demostrado ser tan capaces para el oportunismo y la traición como los intelectuales y, en general, son incluso más susceptibles a las influencias burguesas. Por otra parte, tanto la Internacional Comunista como el partido bolchevique tuvieron y tienen intelectuales al frente, y no sólo en la última fase de la revolución, sino también después. Para colmo, el centro de nuestro partido está compuesto de profesores y abogados, por lo que no es muy apropiado que echen pestes sobre sí mismos. Hay que recordar que, en la época de Livorno, el porcentaje de intelectuales en nuestro partido era muy bajo; sólo había treinta abogados en todo el partido (ver el informe del C.C. en el Congreso de Roma), los obreros abundaban tanto en el Comité Ejecutivo como en el Central. Las cosas cambiaron cuando la izquierda fue apartada y se impuso la fusión con los “Terzini”*, que aportaron más abogados que obreros. Hoy día no hay ningún obrero en el Ejecutivo.

En el pasaje citado, Marx no se refiere explícitamente a los intelectuales, habla en general de los desertores de la burguesía. Si nos dejamos guiar por sus concepciones, habría que determinar que clase y qué categorías sucumben o sobreviven con la eclosión de la gran industria. Ahora bien, si lo que se pretende es “bromear” aludiendo a los ingenieros, bien podemos señalar que, con la centralización y la colectivización de la gran industria, los que desaparecerán serán precisamente estos abogados y profesores de una filosofía más o menos idealista y burguesa, reaccionarios por definición. Pero vayamos al grano: nos presentan un esquema del partido bajo el título de “bolchevización” que presume de mantener estrechos lazos con la clase obrera, pues se basa en células de fábrica, pero, ¿acaso los intelectuales, tan despreciados en las asambleas de las secciones territoriales, no juegan aquí ningún papel? Desgraciadamente sí, los intelectuales conservan la función más importante. Son ellos precisamente, como **funcionarios**, quienes ponen en

* Los “Terzini” eran la fracción de extrema izquierda del Partido Socialista, dirigida por Maffi-Serrati. Tras la segunda escisión en este partido (1922) y la salida del ala derecha reformista, los terzini iniciaron relaciones independientes con la I.C., no controladas por el partido comunista italiano, ya lo dirigido por los centristas. En el 5º Congreso de la I.C. (1924), los terzini se fusionaron con el partido.

contacto a las diferentes células. Ahora bien, según mi opinión, el punto delicado de la cuestión de los “jefes” no reside en su origen más o menos proletario, sino en su calidad de funcionarios del movimiento. Esto es lo que les lleva a acomodarse a la rutina burocrática, a desligarse luego, poco a poco, de los intereses revolucionarios de los obreros, cuya vida en cambio es bien precaria y se encuentra constantemente amenazada. No hay duda de que a este respecto la Tercera Internacional ha supuesto una potente reacción frente a la gangrena que envenenó a la Segunda, pero de lo que se trata es de ver qué garantías ofrece uno u otro sistema organizativo.

La cuestión de los “revolucionarios profesionales” se vincula a la de las células. Dado que los funcionarios son indispensables, se trata de que el encuadramiento del partido elimine el peligro que representan. Pero el partido bolchevique ruso, en la época del zarismo, planteó este problema de manera muy diferente a la que plantean los partidos comunistas de los países en los que existe un régimen burgués desde hace mucho tiempo. Estas diferencias merecen un atento examen. Se trata de las diferentes relaciones que existen entre la clase de los patronos industriales, el Estado y su policía política. En la Rusia de los zares, la fábrica era menos peligrosa que la calle, mientras que en la liberal Inglaterra ocurría precisamente lo contrario. En suma, lo importante es el medio en el que se desenvuelven los funcionarios, que en realidad carecen de verdadero contacto con los obreros sobre la base de una “igualdad organizativa”, algo que bajo el zarismo podía ser revolucionario debido al continuo y terrible peligro. Y este análisis no es ilegítimo ni escandaloso, pues en el segundo Congreso, en el que Lenin estableció las bases de la Internacional, aunque tuviera presente la experiencia de las células en Rusia no esbozó un criterio organizativo semejante al que hoy parece indispensable y fundamental. En ninguno de estos documentos clásicos: Estatutos de la Internacional, 21 condiciones de admisión, tesis sobre el papel del partido y tesis sobre las tareas de la Internacional, se hallará rastro alguno de todo esto. Se trata de un “hallazgo” algo más tardío que vamos a ver si podemos contextualizarlo en el proceso de desarrollo de la Internacional. Pretendemos aclarar el significado de la experiencia rusa de las células en el periodo precedente a la revolución para poder apreciar si debemos aplicarla a los actuales partidos en los diferentes países. No nos referimos sólo a Italia, sino a toda Europa y Norteamérica, donde el paso de la monarquía feudal al parlamentarismo burgués es ya un hecho consumado. Esto lo entiende hasta un niño.

Sin embargo, según nuestros interlocutores, nosotros nos limitamos a la situación italiana. Y con un “dicen” y unos magníficos “evidentemente”, afirman que para nosotros la cuestión se reduce a estos extremos: en Rusia había un régimen de terror, en Italia hay uno de libertad. Y así aprovechan para lanzar un llamamiento vergonzoso y demagógico a los obreros italianos víctimas del fascismo, diciendo que pretendemos convencerles de que las **conquistas pacíficas** son posibles. ¿Pero quiénes son los que siempre han hablado de conquistas pacíficas en Italia? El hecho es que en Rusia, ya lo señalaba Marx, el peligro de que el proletariado se apartara de su tarea política revolucionaria dejándose llevar por intereses particularistas lo había alejado la situación histórica, que pronosticaba inevitablemente que la cuestión del Estado y del poder político pronto estaría a la orden del día. El aparato estatal de zarismo estaba podrido, por lo que los obreros se podían plantear este problema fundamental. Entre tantas desventajas, esta era una especie de ventaja, que no encontramos en los países occidentales ni en Italia, pues el fascismo, aunque suprime toda libertad y la posibilidad de conquistas pacíficas (“entrando como un elefante en la cacharrería”), no deja de ser un régimen específicamente burgués, de los patronos de la industria, que no proyecta deshacer la revolución liberal burguesa. La cuestión es que aquí la policía del Estado está a disposición del patrón de la fábrica, que resiste y se refuerza gracias al gobierno fascista, mientras que en Rusia existía un antagonismo histórico entre el aparato político tradicional zarista y la nueva clase industrial, un antagonismo que el proletariado podía aprovechar.

Es típico de nuestros centristas-mencheviques pensar que el fascismo es un régimen no burgués, un retorno al dominio de otras clases distintas de la burguesía capitalista. Aunque los hechos se encarguen de echar por tierra este esquema a diario, la política impuesta al partido se basa siempre en esto. Nosotros no comparamos a Rusia con Italia en ese sentido. Nuestro juicio sobre la situación en nuestro país no se basa en eso.

Respecto a las conquistas pacíficas, no sólo creemos que son imposibles, sino que siempre hemos combatido a quienes pensaban que eran útiles y las consideraban como el objetivo final de la lucha del proletariado. Son maniobras defensivas burguesas que persiguen los mismos objetivos que la opresión y la ofensiva fascista. Ciertamente, hay que ser un “caradura” para presentar nuestras opiniones de esta forma. Pero necesitan presentarnos como derechistas a cualquier precio y bajo cualquier pretexto.

Nuestra crítica al sistema de las células nos permite ver que está viciado de federalismo. Los centristas, a su vez, responden dando su propia definición de federalismo. Según ellos una organización federal se basa en que el voto de las organizaciones de base no depende del número de adherentes, sino que cada una tiene un solo voto equivalente. Pero el desarrollo del sistema de células nos lleva justamente a eso, pues los problemas se discutirán en las reuniones de estas células y se votarán en medio de grandes dificultades. Sin embargo, la característica distintiva del federalismo es otra: los adherentes no están ligados al centro, sino a un organismo de naturaleza y unidad particulares. El conjunto de estos organismos de primer grado forman la base de la estructura superior. Desde el primer momento, la pertenencia a estos organismos clasifica y diferencia a los adherentes del organismo general. En este sentido, son federalistas el Partido Laborista y los sindicatos; no porque se basen en células, sino porque son asociaciones de asociaciones con características distintas, ya sea la profesión de los adherentes u otras cosas por el estilo. Desde la Internacional se ha llevado a cabo una viva campaña durante el 5º Congreso contra el partido noruego, este aceptaba la adhesión de organizaciones económicas y sindicales pero no adhesiones individuales. La Internacional argumentaba que este tipo de organización federal es contrarrevolucionaria. Ahora bien, existe cierta analogía entre esta estructura y la de las células. Esto lo demuestra, entre otras cosas, el imprudente lenguaje de los centristas: el tipo de partido noruego, efectivamente, concuerda perfectamente con las absurdas peroratas acerca de los intelectuales en las asambleas de trabajadores.

Nosotros afirmamos que el obrero, dentro de la célula, sólo podrá discutir cuestiones particulares y de carácter económico que afectan a los trabajadores de una determinada fábrica. El intelectual seguirá interviniendo, si no con la fuerza de su elocuencia, con el monopolio del centro del partido, **zanjando** todas y cada una de las cuestiones: la política del partido se confía al cuerpo de funcionarios, típica característica de los organismos federales y oportunistas. Recientemente, la Internacional ha tenido que intervenir en el partido alemán para evitar que se otorguen estatutariamente poderes políticos a las conferencias de funcionarios que no hayan sido elegidos por la base: estos hechos se puede evitar formalmente, pero amenazan con convertirse en una realidad con la llamada bolchevización.

En conclusión, hay que restablecer una tesis marxista fundamental, que dice que el carácter revolucionario del partido lo determina la correlación de fuerzas sociales y los procesos políticos y no la forma o el tipo de organización. Lo contrario es caer en el error del sindicalismo o de los semi-sindicalismos

que pululan por doquier, entre los cuales la doctrina “ordinovista”^{*} es un caso especial. Originalmente, estos hallaron la fórmula organizativa mágica, los consejos de fábrica, y reducían todo a esto: partido proletario, revolución económica, Estado obrero. En todas sus manifestaciones hay un poso de utopía antimarxista y anti-leninista, pues los problemas se abordan, no ya en base a un análisis de las reales fuerzas históricas, sino a partir de una magnífica constitución, de un plan organizativo con su reglamento. La posición ideológica errónea respecto al problema de las fracciones, a la que asistimos también hoy, tiene el mismo origen y conduce a prohibir o estrangular a “las fracciones”.

Los medios empleados por los organismos proletarios que actúan revolucionariamente en determinadas situaciones no dependen del encuadramiento organizativo, de las recetas del tipo: sindicatos, cooperativas, consejos de fábrica, guildas, células, comités de obreros y campesinos, etc.... Estos no son más que formas y nosotros debemos ocuparnos del contenido de los intereses sociales que están en juego, de las fuerzas en lucha y la dirección hacia la que se encamina el movimiento.

El partido comunista se distingue del resto de partidos o asociaciones por la clase de la cual procede, por su programa de lucha y su método táctico, no por el tipo formal de su organización. Un partido sólido y organizado, como nosotros pretendemos que sea, no se forma con procedimientos artificiales, sino con la máxima correspondencia entre los principios y la táctica y con una política claramente original, en eso reside la originalidad de la clase revolucionaria.

Hoy, en cambio, tendemos a fabricar una organización **sui generis**, empleando métodos burgueses.

Al reaccionar contra este error utópico y sindicalista, pretendemos negar la tesis según la cual la diferencia entre el partido comunista y el socialdemócrata es que el primero se organiza en células y el segundo territorialmente. Como hemos visto, ocurre lo contrario, pues la organización basada en células, al debilitar el centralismo, precisamente se acerca más a las organizaciones socialdemócratas, aunque algunos se esfuerzan en demostrar que permanece fiel a ese centralismo. Según la crítica de la Internacional Comunista, el federalismo siempre viene acompañado de la peor dictadura burocrática, en esto también se parece a las organizaciones socialdemócratas.

Amadeo BORDIGA.

^{*} *Ordine Nuovo* era el órgano de un círculo de intelectuales adheridos al P.C.I. y dirigidos por Gramsci. Antes de la fundación del Partido Comunista, este órgano proponía los Consejos de Fábrica como forma organizativa fundamental de la clase obrera, a la vez que rechazaba las propuestas de la fracción abstencionista de crear el Partido Comunista.